El Siervo Soberano

Juan 13:1-35

Tres veces durante mi ministerio he predicado *sermones de despedida* a congregaciones en las que he servido, y no es cosa fácil hacerlo. Tal vez no haya logrado el éxito que esperaba, pero mi propósito siempre fue prepararlas para el futuro. Esto incluía advertencias tanto como instrucciones. Ellos llamarían a un nuevo pastor y entrarían en una nueva fase de ministerio, y yo quería que estuvieran preparados lo mejor posible.

Juan 13–17 es el *mensaje de despedida* de nuestro Señor a sus amados discípulos y culmina con su oración de intercesión por ellos y por nosotros. Otros mensajes de despedida en la Biblia fueron dados por Moisés (Deuteronomio 31–33), Josué (Josué 23–24), y Pablo (Hechos 20). Sin embargo, Jesús añadió una sección de acción significativa a su mensaje cuando les lavó los pies a sus discípulos. Fue una lección objetiva que ellos nunca olvidarían.

En este pasaje vemos a nuestro Señor en una relación cuádruple: con su Padre celestial (Juan 13:1-5), con Simón Pedro (Juan 13:6-11), con todos los discípulos (Juan 13:12-17) y con Judas (Juan 13:18-35). En cada una de esas secciones del Evangelio de Juan descubrirás un mensaje especial, una verdad espiritual que te ayudará en la vida cristiana.

Humildad: Jesús y el Padre (Juan 13:1-5)

Jesús había entrado en Jerusalén el día domingo, y el lunes había limpiado el templo. El martes fue un día de conflicto cuando los dirigentes religiosos trataban de ponerle trampa, queriendo encontrar evidencia para apresarlo. Estos eventos se relatan en Mateo 21–25. El miércoles probablemente fue un día de descanso, pero

el jueves Jesús se reunió en el aposento alto con los discípulos para observar la Pascua.

El énfasis de Juan 13:1-3 es *lo que nuestro Señor sabía*, y en Juan 13:4-5 es *lo que nuestro Señor hizo*.

Jesús sabía que “su hora había llegado”. Juan, más que cualquier de los otros escritores de los evangelios, recalcó el hecho de que Jesús vivía según un “calendario divino” al cumplir la voluntad de su Padre. Nota el desarrollo de este tema:

2:4 - “Aún no ha venido mi hora”.

7:30 - “...aún no había llegado su hora”.

8:20 - “...aún no había llegado su hora”.

12:23 - “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado”.

13:1 - “...sabiendo Jesús que su hora había llegado”.

17:1 - “Padre, la hora ha llegado”.

¿Cuál era esta “hora” divinamente determinada? Era la hora cuando Cristo sería glorificado por su muerte, resurrección y ascensión. Desde el punto de vista humano esto significaba sufrimiento, pero desde el punto de vista divino significaba gloria. Pronto dejaría este mundo y volvería al Padre quien le envió, habiendo terminado su obra en la tierra (Juan 17:4). Cuando el siervo de Dios está en la voluntad de Dios es inmortal hasta que termine su obra. No podían apresar a Jesús, y mucho menos matarlo, sino cuando la hora precisa había llegado.

Jesús también sabía que Judas le traicionaría. En el Evangelio de Juan se menciona a Judas ocho veces, más que en cualquier de los otros evangelios. Satanás había entrado en Judas (Lucas 22:3), y ahora le daría el pensamiento necesario para realizar el arresto y crucifixión del Hijo de Dios. La palabra que se traduce poner en Juan 13:2 literalmente significa *arrojar, lanzar*. Nos recuerda los dardos de fuego del maligno (Efesios 6:16). Judas no era creyente (Juan 6:64-71), así que no tenía el “escudo de la fe” para defenderse contra los ataques de Satanás.

Finalmente, Jesús sabía que el Padre le había dado todas las cosas (Juan 13:3). Esta afirmación es paralela a Juan 3:35, y también nos recuerda Mateo 11:27. Incluso en su humillación nuestro

Señor había recibido todas las cosas de la mano de su Padre. Era pobre y sin embargo era rico. Debido a que Jesús sabía quién era, y adónde iba, era dueño completo de la situación. Tú y yo como creyentes sabemos que hemos nacido de Dios, y que un día iremos a Dios, y que en Cristo tenemos todas las cosas; por consiguiente, deberíamos seguir el ejemplo de nuestro Señor y servir a los demás.

Lo que Jesús sabía ayudó a determinar *lo que él hizo* (Juan 13:4-5). Los discípulos deben haberse quedado estupefactos al ver a su Maestro levantarse de la mesa, quitarse su túnica exterior, ponerse una toalla a la cintura, tomar una vasija con agua y ponerse a lavarles los pies. Los criados judíos no les lavaban los pies a sus amos, aunque esclavos gentiles lo hacían a veces. Era una tarea servil, ¡y Jesús lo hizo! Como demostración especial de afecto, el dueño o la dueña de casa en ocasiones le lavaba los pies a algún invitado, pero no era el procedimiento normal en la mayoría de las casas.

Jesús sabía que había un espíritu de competencia en los corazones de los discípulos. De hecho, en pocos minutos ellos discutían acerca de cuál de ellos sería el mayor (Lucas 22:24-30). Jesús les dio una lección inolvidable de humildad, y mediante sus acciones reprendió el egoísmo y orgullo de ellos. Mientras más piensa uno en la escena, más profunda se hace. Es por cierto una ilustración de lo que Pablo escribiría años más tarde en Filipenses 2:1-16. Pedro debe haber recordado este evento cuando escribió su primera epístola e instó a sus lectores “revestíos de humildad” (1 Pedro 5:5).

Muy a menudo confundimos ser “pobres en espíritu” (Mateo 5:3) con *tener un espíritu pobre*, y la verdadera humildad con la timidez y la inferioridad. Al gran literato británico Samuel Johnson una vez le pidieron que preparara un sermón funeral para una niña, y él preguntó cuáles fueron sus virtudes especiales. Le dijeron que ella siempre fue amable con sus inferiores. Johnson replicó que eso era digno de elogio, pero que sería difícil determinar quiénes eran sus inferiores.

El Padre había puesto todas las cosas en las manos del Hijo, ¡sin embargo Jesús tomó una toalla y una vasija! Su humildad no brotaba de la pobreza, sino de las riquezas. Era rico, y sin embargo se

hizo pobre (2 Corintios 8:9). Un proverbio malayo dice: “Mientras más llena esté la espiga de trigo más se inclina”.

Es asombroso cómo el Evangelio de Juan revela la humildad de nuestro Señor a la vez que magnifica su deidad. “No puede el Hijo hacer nada por sí mismo” (Juan 5:19, 30). “Porque he descendido del cielo, no para hacer mi voluntad” (Juan 6:38). “Pero yo no busco mi gloria” (Juan 8:50). “La palabra que habéis oído no es mía” (Juan 14:24). Su expresión máxima de humildad fue su muerte en la cruz.

Jesús era el Soberano, sin embargo tomó el lugar de sirviente. Tenía todas las cosas en sus manos, sin embargo tomó una toalla. Era el Señor y Maestro, sin embargo sirvió a sus seguidores. Bien se ha dicho que la humildad no es pensar menos de uno mismo; es simplemente no pensar en uno mismo. La verdadera humildad brota de nuestra relación con el Padre. Si nuestro deseo es conocer y hacer la voluntad del Padre de modo de glorificar su nombre, entonces tendremos el gozo de seguir el ejemplo de Cristo y de servir a los demás.

Nosotros hoy, tal como los discípulos esa noche, necesitamos desesperadamente esta lección sobre la humildad. La iglesia cristiana está llena de un espíritu mundano de competencia y críticas, y los creyentes se miran unos a otros para ver quién es el mayor. Crecemos en conocimiento, pero no en gracia (ve 2 Pedro 3:18). “La humildad es el único terreno en el cual la gracia echa raíces”, escribió Andrés Murray. “La falta de humildad es suficiente explicación para todo defecto y fracaso”.

Jesús sirvió a sus discípulos a causa de su humildad y su amor. Contrasta Juan 13:1 con 1:11 y 3:16: “A lo suyo [su mundo] vino, y los suyos [su pueblo] no le recibieron”. “Porque de tal manera amó Dios al mundo”. En el aposento alto Jesús ministró en amor a sus discípulos, y ellos recibieron lo que él tenía para decirles. El texto griego dice: “Los amó a lo máximo”. ¡Y todavía ama a los suyos!

Santidad: Jesús y Pedro (Juan 13:6-11)

Al ver Pedro al Señor lavándoles los pies a sus amigos, se preocupó más y más y no pudo comprender lo que Jesús estaba haciendo. Al leer la vida de Cristo en los evangelios uno no puede

dejar de notar cómo Pedro con frecuencia hablaba sin pensarlo, en ignorancia, y Jesús tuvo que corregirlo. Pedro se opuso a que Jesús fuera a la cruz (Mateo 16:21-23), y trató de manejar los asuntos del Señor en la transfiguración (Mateo 17:1-8). Expresó la fe de los discípulos (Juan 6:66-71), sin darse cuenta de que uno de ellos era un traidor.

La palabra que se traduce lavar en Juan 13:5-6, 8, 12 y 14 es *nipto*, que quiere decir *lavar una parte del cuerpo*. Pero la palabra que se traduce “lavado” en Juan 13:10 es *louo*, y quiere decir *bañado por completo*. La distinción es importante, porque Jesús estaba tratando de enseñarles a sus discípulos la importancia de un andar santo.

Cuando el pecador confía en el Salvador, es *bañado completamente* y sus pecados son limpiados y perdonados (ve 1 Corintios 6:9-11; Tito 3:3-7 y Apocalipsis 1:5). “Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (Hebreos 10:17). No obstante, mientras el creyente anda en el mundo es fácil que se ensucie. No necesita bañarse de nuevo por completo; simplemente necesita que la contaminación sea limpiada. Dios promete limpiarnos cuando le confesamos nuestros pecados (1 Juan 1:9).

Pero, ¿por qué es tan importante que tengamos nuestros pies limpios? Porque si nos ensuciamos, no podemos tener comunión con nuestro Señor. “Si no te lavare, no tendrás parte conmigo” (Juan 13:8). La palabra que se traduce “parte” es *meros*, y lleva el significado de *participación*. Cuando Dios nos baña completamente en la salvación, produce nuestra *unión* con Cristo; y esa es una relación personal definitiva que no puede cambiar. (El verbo *lavar* en Juan 13:10 está en el tiempo gramatical llamado participio pasado. Es algo establecido de una vez por todas). Sin embargo, nuestra *comunión* con Cristo depende de que nos conservemos “sin mancha del mundo” (Santiago 1:27). Si permitimos en nuestras vidas algún pecado no confesado, estorbamos nuestro andar con el Señor; y allí es cuando necesitamos que nuestros pies se laven.

Esta verdad básica de la vida cristiana queda ilustrada hermosamente en el sacerdocio del Antiguo Testamento. Cuando se consagraba al sacerdote, se le bañaba (Éxodo 29:4), y esa experiencia no se repetía nunca. Sin embargo, durante su ministerio diario se

ensuciaba; así que era necesario que se lavara las manos y los pies en la fuente de bronce que había en el atrio (Éxodo 30:18-21). Sólo después de hacerlo podía entrar al lugar santísimo para encender las lámparas, comer del pan santo o quemar incienso.

El Señor nos limpia por la sangre de Cristo, o sea, su obra en la cruz (1 Juan 1:5-10), y por la aplicación de su Palabra a nuestras vidas (Salmo 119:9; Juan 15:3; Efesios 5:25-26). El *agua de la Palabra* puede mantener nuestros corazones y nuestras mentes limpios para evitar la contaminación de este mundo. Pero si pecamos, tenemos un Abogado amante en la gloria que oirá nuestras oraciones de confesión y nos perdonará (1 Juan 2:1-2).

Pedro no comprendió lo que el Señor estaba haciendo; pero en lugar de esperar una explicación, impulsivamente trató de decirle al Señor lo que éste debía hacer. Hay un doble negativo fuerte en Juan 13:8. El erudito en griego Kenneth Wuest traduce la afirmación de Pedro de esta manera: “No me lavarás mis pies, no, nunca”. ¡Pedro en realidad lo decía en serio! Después, cuando descubrió que rehusar al Señor significaría perder la comunión con el Señor, se fue al lado opuesto, y pidió que Cristo bañara todo su cuerpo!

Podemos aprender una importante lección en la experiencia de Pedro: No cuestionar ni la voluntad ni la obra del Señor, ni tratar de cambiarla. El sabe lo que hace. Pedro tenía dificultades para aceptar el ministerio de Cristo para él *porque Pedro no estaba dispuesto a ministrar a los demás discípulos*. Exige humildad y gracia para servir a otros, pero también exige humildad y gracia para permitir que otros nos sirvan. Lo hermoso de un espíritu sumiso es que puede dar y recibir para la gloria de Dios.

Juan cuidadosamente señaló que Pedro y Judas tuvieron una relación diferente con Jesús. Sí, ¡Jesús le lavó los pies a Judas! Pero no le sirvió de nada a Judas porque él no había recibido un baño completo. Algunos enseñan que Judas fue un hombre salvo que pecó y perdió su salvación, pero no es eso lo que dijo Jesús. Nuestro Señor dejó bien claro que Judas nunca había sido limpiado de sus pecados y que no era creyente (Juan 6:64-71).

Es maravilloso ahondar nuestra comunión con el Señor. Lo importante es ser sincero con él y con nosotros mismos, y mantener limpios nuestros pies.

Felicidad: Jesús y los Discípulos (Juan 13:12-17)

El versículo 17 es la clave: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieréis”. La secuencia es importante: humildad, santidad, y entonces felicidad. Aristóteles definió la felicidad como “buena fortuna unida a la virtud ...una vida agradable y segura”. Eso puede bastarle al filósofo, pero ¡no al creyente! La felicidad es un producto secundario de una vida que se vive en la voluntad de Dios. Cuando nos humillamos para servir a otros, andamos en las sendas divinas de santidad, y hacemos lo que Dios nos dice, entonces disfrutaremos de felicidad.

Jesús les preguntó a los discípulos si entendían lo que él había hecho, y es muy probable que no hayan entendido. Así que Jesús se lo explicó: les había dado una lección en el servicio humilde, un ejemplo para seguir. El mundo piensa que la felicidad es resultado de que otros nos sirvan, pero el gozo verdadero resulta cuando servimos a otros en el nombre de Cristo. El mundo está constantemente buscando la felicidad, pero es como perseguir una sombra: siempre está más allá de nuestro alcance.

Jesús era el Maestro, así que tenía todo derecho de exigir el servicio de ellos. Pero en lugar de eso, ¡él les sirvió! Les dio un ejemplo del verdadero ministerio cristiano. En más de una ocasión durante los tres años previos les había enseñado lecciones sobre la humildad y el servicio; pero ahora les había demostrado la lección. Tal vez los discípulos recordaron la lección sobre el niño (Mateo 18:1-6), o el regaño a Santiago y a Juan cuando ellos pidieron tronos (Mateo 20:20-28). Ahora todo empezaba a encajar.

El siervo (esclavo) no es mayor que su maestro; así que si el maestro se hace siervo, ¿dónde pone eso al esclavo? *¡Al mismo nivel del amo!* Al hacerse siervo nuestro Señor no nos rebajó; ¡nos levantó! Enaltecó el sacrificio y el servicio. Debes tener presente que los romanos no veían la necesidad para la humildad, y los griegos despreciaban el trabajo manual. Jesús combinó ambas cosas cuando les lavó los pies a sus discípulos.

El mundo pregunta: “¿Cuántos trabajadores tienes?” pero el Señor pregunta: “¿Para cuántos trabajas tú?” Cuando ministraba en una conferencia en Kenya, un creyente africano me dijo uno de sus refranes: “El jefe es sirviente de todos”. ¡Cuán cierto es que

necesitamos dirigentes que sirvan y sirvientes que dirijan. G. K. Chesterton dijo que un hombre realmente grande es el que hace que otros se sientan grandes, y Jesús hizo eso con sus discípulos *enseñándoles a servir*.

Sin embargo, no basta *saber* esta verdad; debemos ponerla en práctica. Santiago 1:22, 27 dice claramente que la bendición viene al *hacer* la Palabra, no al oírla. Wuest traduce la última frase de Santiago 1:25 de esta manera: “Este hombre será prosperado espiritualmente en lo que hace”. El estudio de esta sección del Evangelio de Juan puede estimularnos emocionalmente o iluminarnos intelectualmente, pero no puede bendecirnos espiritualmente mientras no hagamos lo que Jesús nos dice. Este es el único camino a la felicidad duradera.

Asegúrate de tener estas lecciones en su secuencia debida: humildad, santidad, felicidad. Sométete al Padre, mantén tu vida limpia y sirve a los demás. Esa es la fórmula de Dios para el verdadero gozo espiritual.

Hipocresía: Jesús y Judas (Juan 13:18-35)

Una sombra negra cae sobre la escena mientras Jesús trata con Judas, el traidor. Es importante notar que Judas no era un verdadero creyente; era un hipócrita. Nunca había creído en Jesús (Juan 6:64-71), no había sido bañado por completo (Juan 13:10-11), y no había estado entre los escogidos que el Padre le dio a su Hijo (Juan 13:18 y 17:12). ¡Qué cerca de la salvación puede estar una persona y sin embargo perderse para siempre! Judas era incluso el tesorero del grupo (Juan 12:6), y ciertamente que sus compañeros lo estimaban.

En esa hora Jesús tenía dos grandes preocupaciones: cumplir la Palabra de Dios (Juan 13:18-30) y glorificar a Dios (Juan 13:31-35).

El pasaje que Jesús citó viene del Salmo 41:9: “Aun el hombre de mi paz, en quien yo confiaba, el que de mi pan comía, alzó contra mí el calcañar”. Cuando David compuso ese salmo probablemente se refería a su consejero Ahitofel, quien se hizo traidor y se le unió a Absalón en su rebelión (ve 2 Samuel 15-17). Es significativo que tanto Ahitofel como Judas se suicidaron ahorcándo-

se (2 Samuel 17:23; Mateo 27:3-10; Hechos 1:18). Sin embargo, Judas no se suicidó para cumplir una profecía bíblica, porque eso haría a Dios autor de su pecado. Judas era responsable por sus propias decisiones, y esas decisiones cumplieron la Palabra de Dios.

Jesús se preocupaba porque la traición de Judas no debilitara la fe de los discípulos. Por eso la relacionó con la Palabra de Dios: cuando los discípulos vieran que esto se cumplía, eso fortalecería su fe (ve Juan 8:28). Judas había sido desleal, pero Jesús esperaba que ellos fueran leales a él y a su causa. Después de todo, él era el Dios Hijo enviado por Dios Padre. Ellos eran los representantes escogidos por Cristo; recibirlos a ellos sería lo mismo que recibir al Padre y al Hijo. ¡Qué privilegio: ser embajadores del Rey!

Lo asombroso es que los demás en la mesa con Jesús no sabían que Judas no era creyente y que era un traidor. Hasta la hora de su traición Judas estaba protegido por el Salvador a quien traicionó. Si Jesús hubiera revelado abiertamente lo que sabía de Judas, es probable que los hombres se hubieran puesto en su contra. ¡Recuerda lo que Pedro le hizo a Malco cuando los soldados fueron a detener a Jesús!

Desde el principio Jesús sabía lo que Judas haría (Juan 6:64), pero no le obligó a hacerlo. Judas estuvo expuesto a los mismos privilegios espirituales como los demás discípulos, sin embargo, de nada le sirvió. El mismo sol que derrite el hielo endurece el barro. A pesar de todo lo que nuestro Señor dijo en cuanto al dinero, y todas sus advertencias en contra de la avaricia, Judas siguió siendo ladrón y robándose el dinero de la tesorería. A pesar de todas las advertencias de nuestro Señor contra la incredulidad, Judas persistió en su rechazo. *¡Jesús aun le lavó los pies a Judas!* Sin embargo, el corazón duro de Judas no cedió.

Jesús había hablado antes acerca de un traidor (Juan 6:70), pero los discípulos no lo tomaron en serio. Ahora, cuando habló al respecto abiertamente mientras estaba a la mesa, sus discípulos se quedaron perplejos.

Pedro le hizo señas a Juan, quien era el que estaba más cerca de Jesús, pidiéndole que averiguara quién sería el traidor. La respuesta del Señor a Juan no fue oída por todos los hombres; de hecho, ellos seguían discutiendo entre sí en cuanto a quién sería el traidor

(Lucas 22:23). Cuando Jesús le dio el pan a Judas, lo interpretaron como un acto de amor y honor. De hecho, Judas estaba sentado en el lugar de honor, así que las acciones de nuestro Señor se veían en esa luz: estaba concediéndole un honor especial a Judas. No sorprende que después de que Judas salió los otros discípulos se pusieron a discutir quién sería el mayor (Lucas 22:24-30).

Juan sin duda se quedó estupefacto por esta revelación, pero antes de que pudiera decir o hacer algo, Jesús había enviado fuera a Judas. Aunque Satanás había entrado en Judas, fue Jesús quien tenía las riendas de todo. Vivía según el horario señalado por el Padre, y quería cumplir lo que estaba escrito en la Palabra. Siendo que Judas era el tesorero, era lógico que los discípulos concluyeran que el Señor le había enviado a alguna misión especial. Judas había expresado hipócritamente interesarse por los pobres (Juan 12:4-6), así que tal vez había ido a cumplir alguna obra de misericordia para ayudar a los pobres.

Ten presente que Judas sabía lo que estaba haciendo, y que lo hizo deliberadamente. Ya había hablado con los dirigentes religiosos y acordado llevarlos a Jesús de modo que no hubiera disturbios públicos (Lucas 21:37-22:6). Oyó a Jesús decir: “¡Ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido” (Mateo 26:24). Sin embargo, persistió en su incredulidad y traición.

La breve frase que Juan incluye: “era ya de noche” tiene un tremendo impacto cuando uno recuerda que la *luz* y las *tinieblas* son figuras importantes en su evangelio. Jesús es la Luz del mundo (Juan 8:12), pero Judas rechazó a Jesús y salió a las tinieblas; y para Judas *¡todavía es de noche!* Los que hacen el mal detestan la luz (Juan 3:18-21). La advertencia que nuestro Dios dio en Juan 12:25-26 cayó en oídos sordos para Judas: e incluso hoy los pecadores no le hacen caso, personas que irán a donde Judas fue a menos que se arrepientan y confíen en el Salvador.

El instante en que Judas salió, la atmósfera se aclaró, y Jesús empezó a instruir a sus discípulos y prepararlos para su crucifixión y al final su regreso al cielo. Fue después de que Judas se había ido que instituyó la cena del Señor, algo de lo que Judas como incrédulo por cierto no podía participar. Judas había salido a la noche,

controlado por el príncipe de las tinieblas, Satanás; pero Jesús estaba en la luz, dándoles amor y confianza a sus amados discípulos. ¡Qué contraste!

El tema ahora cambia a la gloria de Dios (Juan 13:31-35). Desde la perspectiva humana, la muerte de Cristo fue una obra vil que incluyó sufrimiento y humillación indescriptibles; pero desde la perspectiva divina fue la revelación de la gloria de Dios. “Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado” (Juan 12:23). Doce veces en este evangelio aparece el título “el Hijo del Hombre”, y en Juan 13:31 aparece por la última vez. Daniel 7:13 identifica a este título como mesiánico, y Jesús a veces lo usó de esa manera (Mateo 26:64).

¿Qué significaba para Jesús glorificar al Padre? Lo dice en su oración: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (Juan 17:4). Así es como todos nosotros glorificamos a Dios, al hacer fielmente lo que nos llama a hacer. En el caso de nuestro Señor, la voluntad del Padre era que muriera por los pecadores, que fuera resucitado de la muerte, y que ascendiera al cielo. El Hijo glorificó al Padre y el Padre glorificó al Hijo (Juan 17:1, 5).

Llegaría un tiempo cuando el Hijo sería glorificado en estos discípulos (Juan 17:10), pero ellos no podían seguirlo en esos momentos. Pedro se jactó de que seguiría al Señor incluso hasta la muerte (Lucas 22:33), pero desdichadamente le siguió y acabó negándolo tres veces.

Jesús les había dicho a los judíos en dos ocasiones que ellos le buscarían y no podrían hallarle ni seguirle (Juan 7:33-36; 8:21-24). Nota que no les dijo a sus discípulos que no podrían hallarle, pero sí se lo dijo a los judíos incrédulos. Un día los discípulos creyentes irían a estar con él (Juan 14:1-3), y también le verían después de su resurrección. Pero en este tiempo de sufrimiento y muerte era importante que ellos no trataran de seguirle.

He oído sermones elocuentes sobre el pecado de Pedro de *seguirle de lejos* (Lucas 22:54), y el énfasis ha sido que debemos seguirle de cerca. La realidad sencilla era ¡que él no debía haberle seguido de ninguna manera! La afirmación de Juan 13:33 es suficiente prueba, y cuando se añade Mateo 26:31 (que cita a Zacarías

13:7), y las palabras de nuestro Señor en Juan 18:8, la evidencia es conclusiva. Debido a que Pedro no hizo caso a esta advertencia, se metió en problemas.

La responsabilidad de los discípulos era amarse unos a otros tal como Cristo los había amado. Ellos ciertamente necesitarían de ese amor en las horas que vendrían, cuando su Maestro les sería quitado y su valiente portavoz, Pedro, le fallaría al Señor y a ellos. A decir verdad, todos fallarían, y lo único que volvería a unirlos sería su amor por Cristo y unos por otros.

La palabra *amar* o sus derivados se usa sólo doce veces en el Juan 1–12, pero en Juan 13–21 ¡se usa cuarenta y cinco veces! Es una palabra clave en el sermón de despedida de Jesús a sus discípulos, así como una carga en su gran oración sacerdotal (Juan 17:26). La palabra “nuevo” no quiere decir “nuevo en tiempo”, porque el amor había sido importante para el pueblo de Dios desde los tiempos del Antiguo Testamento (ve Levítico 19:18). Quiere decir *nuevo en experiencia, fresco*. Es lo opuesto a gastado. El amor tomaría un nuevo significado y poder debido a la muerte de Cristo en la cruz (Juan 15:13). Con la venida del Espíritu Santo el amor tendría un nuevo poder en sus vidas.

Esta sección empieza y termina con amor: el amor de Jesús por los suyos (Juan 13:1), y el amor de los discípulos unos por otros. El amor es la verdadera evidencia de que le pertenecemos a Jesucristo. El dirigente de la iglesia, Tertuliano (155-220, d. de C.) decía que los paganos decían de los creyentes: “¿Ven como se aman unos a otros?” ¿Cómo evidenciamos ese amor? Al hacer lo que Jesús hizo: poniendo nuestras vidas por los hermanos (1 Juan 3:16). La manera de empezar a hacerlo es inclinándonos y lavándonos los pies unos a otros en servicio sacrificante.